

Entrevista con Eliseo Alberto

Lucila Navarrete Turrent

Lucila Navarrete Turrent
(Torreón, 1980)

Licenciada en Comunicación por la UIA Torreón. Ha publicado poesía y ensayo en la revista *Acequias*, en el disco compacto *Acequias de poesía* y en el libro colectivo del taller literario de la UIA *Mañana tampoco* (2003). Se tituló por excelencia con la tesis *Eliseo Alberto, dos miradas: poesía y exilio*, en donde incluye la presente entrevista.

Entre fantasías y mitos recuperados que intentan redimir lo irredimible, la prosa de Eliseo Alberto descansa sobre la recuperación de la justicia y la búsqueda de la libertad. De ahí la importancia del reflejo de una herencia poética y narrativa prolíficas que nunca niegan las influencias de su padre Eliseo Diego, sus tíos Fina García Marruz, Cintio Vitier y su amigo Gabriel García Márquez. En este contexto en donde se irá madurando esa pluma que plasmará una prosa poética, una narrativa y un pensamiento propios que denuncian las tristezas de una patria sometida y develan los anhelos y utopías que se construyen en la intimidad de personajes como *Asdrúbal el mago*, *José el cubano* y *Lino Catalá*.

Con su doble mirada de escritor cubano contemporáneo, el exilio y la poesía caracterizarán de cuerpo entero la obra de Eliseo Alberto. La presente entrevista forma parte de la tesis: *Eliseo Alberto, dos miradas: poesía y exilio*, que profundiza en cuatro obras del autor: *La eternidad por fin comienza en lunes* (Alfaguara, 1992), *La fábula de José* (Alfaguara, 1997), *Informe contra mí mismo* (Alfaguara, 1997) y *Esther en alguna parte* (Espasa Calpe, 2005).

Lichi, ¿Cuba sólo existe en Cuba? ¿es realmente un axioma geográfico como lo expresa

uno de tus amigos en Informe contra mí mismo? o, ¿la llevas contigo desde tu exilio?

Todas las naciones partidas en dos por causales políticas (contendidas civiles, intolerancias ideológicas, incluso la guerra fría entre dos mundos irreconciliables: el capitalista y el socialista) han tenido que enfrentarse al mismo dilema: ¿cómo rearmar los pedazos de ese complejo rompecabezas que llamamos Patria con mayúscula, un concepto por demás moldeable pues cambia según el cristal con que la mire el ambicioso o el tímido, el poderoso o el asustadizo, el burócrata oficial o el tozudo disidente, el de arriba o el de abajo? ¿Qué puede hacerse a nivel social, comunitario? ¿Y en el plano personal? La urgencia de lograr una incierta armonía, una piadosa resignación, suele comenzar por el desprendimiento más doloroso: la familia. Para mi rota isla, a diferencia de otros exilios más breves o menos rigurosos, ese abuso de mandamases ha durado casi medio siglo, y siempre por mandato de los mismos protagonistas. Una barbaridad. El tiempo, que a veces cura heridas profundas, en este caso ha venido a abrirlas, a complicarlo todo: la terca cicatriz no cierra. No la dejan. Se empeñan en que sangre, como si esa fuese la única forma de mantenerla altiva. ¿Se infecta? ¿Se infecta! No hay venda que

resista ni aspirina moral que la calme. El país que los primeros exiliados añoran ya no existe –y el que yo venero, desde México, ha comenzado a desdibujarse de manera tal que los cubanos evocamos nostalgias diferentes, en una enorme confusión de melancolías, pretéritas unas, recientes otras. De los seis millones de cubanos que estábamos vivos el día que Fidel Castro entró en La Habana, y festejamos a escala de nuestras edades el triunfo rebelde, apenas quedamos en pie unos dos. Una estadística aterradora atestigua que hoy somos doce millones y pico, así que, si las matemáticas no fallan, la quinta sexta parte de mis compatriotas, en la isla o en el resto del planeta, sólo atesoran recuerdos de (en) la Revolución; es decir, imágenes de una nación en constante cambio –a veces para bien, a veces para mal. Geográficamente, Cuba sólo existe como archipiélago integrado por una isla mayor, otra menor y una infinidad de cayos desiertos o turísticos. Históricamente, Cuba ha quedado establecida (como siempre) por la visión de los vencedores, en manifiesto desdén por las versiones de los vencidos. Espiritualmente, Cuba es una suma de muchas Cubas (apenas coincidentes en los símbolos visibles de la nación: la rectoría de José Martí, la genialidad o culpabilidad de Fidel Castro, el escudo, la bandera, la Patrona de la Virgen de la Caridad del Cobre, las tradiciones raigales, la cultura común, el arroz con frijoles y la adoración por las masitas de puerco fritas). Mi Cuba personal es eso: personal. Cuba es mi casa, en especial el fogón de mi cocina. Cuba es mi hija María José, mi familia dispersa. Cuba es mi sueño recurrente –y también, una enloquecedora pesadilla. Y poco a poco, para bien mío, esa Cuba comienza a igualarse a México, por muy distintos que sean mi mar y mi altiplano. Hasta he comenzado a pensar en qué panteón del Distrito Federal me gusta-

ría ser sembrado de una vez y para siempre: me interesa, por ahora, el que más palmas reales tenga. Ese capricho sería mi despedida, prueba irrefutable de mi deshilachado patriotismo.

María Zambrano se expresa de su exilio como su patria. Si regresaras a Cuba por tiempo indefinido, ¿seguirías siendo un exiliado?

Tengo la sospecha que sí: el exilio es una condena. Una bofetada. En Cuba, si un día regreso de manera más o menos permanente, extrañaré México, las quesadillas de flor de calabaza que tantísima hambre me han matado, los sones veracruzanos, los amigos de acá, siempre generosos y gentiles. Extrañaré su inmensidad, su diversidad, su generosidad. Su incipiente democracia, que yo puedo valorar desde un ángulo ilusionado pues llegué a esta tierra de nopales en el mejor de los momentos posibles: el legendario año 1988, justo cuando el ingeniero Cárdenas se lanzaba en solitario contra los molinos de viento del gigantismo del Partido Revolucionario Institucional. Lo seguían unos pocos Sancho Panza leales y combativos. Desde Cuba, ignoraron su valor: se prefirió avalar el robo de las votaciones y el único país socialista del continente americano apoyó, y sigue aún haciéndolo, al solapado Carlos Salinas de Gortari. Suerte que nadie me impedirá volver para cumplir con mis deberes: soy ciudadano mexicano, a mucha honra. Tendré que aprender a vivir de naufragio en naufragio, entre huracanes y terremotos. Tengo la esperanza que algún día alguien abra en La Habana un excelente restaurante de comida mexicana. Así será más leve mi nostalgia por las aguas de Jamaica. Yo estoy rajado por la mitad. Tú lo sabes.

¿Qué sientes cuando vas a Cuba? ¿Qué tanto nos dicen los protagonistas de Esther en alguna parte, Aristides Antúnez y Lino Catalá, sobre lo que sientes cuando vas a La Habana o a Arroyo de Naranjo, tu pueblo de la infancia?



Lino y Larry soy yo, también Maruja y Esther. Esa novela es la más personal de todas, sin duda. Quizás por esa condición, sea tan breve, casi un Credo rezado en voz baja. Mientras la escribía, en un raptó de coraje y sorpresas imaginativas, no estaba conciente de que me confesaba en público. Lo supe cuando el manuscrito comenzó a circular en un primer círculo de afectos. Bien lo descubrieron mis viejos amigos y mis viejos amores. Uno de ellos, viejo amor y queridísima amiga, me recordó hace poco cuando de novios yo la llevé a conocer Arroyo, el pueblo de mi infancia (y de la niñez de mi padre): ella asegura haber presenciado el instante preciso en que yo me abracé a la iglesia y me eché a llorar sobre el hombro de sus paredes, tal y como hace Larry Po el mismo día de su súbita muerte. «Al final, Lichi, hasta le diste una nalgada», afirma mi amiga. Para escribir el Cuaderno-Diario del niño Aristides Antúnez, que cuenta de su gran amor en Arroyo, me basé en mi primer libro —claro, inédito: «La finca de los comienzos», un cuaderno de 70 páginas repletas de faltas de ortografía que comencé a escribir al día siguiente de abandonar el pueblo, a los 16 años. Mi hermana Fefé lo conserva allá en La Habana, encuadernado en tapas violetas: dice que es muy lindo. La linda es ella. Perdí a mi Esther hará pronto 30 años, y te juro que no ha pasado un día sin que me acuerde de ella y me haga a mí mismo preguntas tontas: qué habrá comido anoche, será alérgica al polen de las rosas, acaso le gustarán mis macarrones. Ni un día, créeme, pero tampoco ni una tarde ni una noche ni un solo lento, muy lento, demasiado lento amanecer. Mi Maruja se llamaba María Eugenia, le decíamos Mae, y falleció a los 22 años. Era pequeñita, de risa sonora, pechos pequeños como campanitas. Se fue de repente, en un abrir y cerrar de ojos. Llena de vida. Sin despedirse de nadie. Nunca supe cómo se llamaban sus

padres. No recuerdo sus manos pero sí el tacto de sus dedos delgaditos, con uñas largas y siempre, siempre, siempre pintados de laca roja. Mi Esther vive en alguna parte, lejos. Nos hablamos por teléfono, llorando. Ambas tenían ojos negros, frente ancha, clavículas de nácar, bien marcadas. Cuando voy a Cuba no hago más que buscarlas y buscarme. Recorro los parques habaneros, los jardines de la Universidad, los vestíbulos de los teatros. Creo descubrirlas tras las nucas que esconden la cascada de un rabo de caballo. Pateo latas vacías por la acera: salto de raya en raya sobre el sendero de cemento: tropiezo, me caigo y me levanto. Desde un accidente que tuve en el año 2000, mi tobillo izquierdo quedó prácticamente inmovilizado. Deben pensar que estoy loco porque hablo solo en las bancas de los parques y me dejo cagar por las palomas; en los cines, cuando asisto a alguna función, le paso el brazo a la banqueta derecha, siempre vacía, y pellizco los bordes de la raída tapicería con la malicia de quien acaricia, al descuido, los límites de un hombro redondo. Cuando me encuentro en el espejo, rechazo mi cara. Porque a pesar de las lejanías y los sinsabores, del desarraigo y mi heredada desesperanza, a pesar de mi infelicidad crónica y mis achaques de viejo, apagado y cojo, sigo creyendo en las ridículas resurrecciones del amor. Luego de sobrevivir 15 días en la isla, regreso cabizbajo, iracundo, malgenioso, 150 años más viejo –quiero decir.

Lichi, casi toda tu obra de alguna u otra forma, denuncia la ineptitud del ser humano, creo que tu novela más clara al respecto es La fábula de José. ¿Consideras que esta denuncia no sería la misma si no te hubieses ido de la isla?

«La fábula de José» (mi novela más querida) comencé a escribirla en la isla con la voluntad suficiente para que llegara a ser un pergamino de 1000 caras,

y terminó siendo un argumento de 30 páginas para una película que nunca se filmó. Se publicó como cuento en una revista de amigos, pocos meses después de mi llegada a un pequeño departamento de la colonia Nápoles, y tuvo cierta resonancia. Fue mi presentación de credenciales ante el Consejo de Escritores de una República de las Letras tan compleja, fértil y fragmentada como la mexicana, entonces presidida por el magisterio a veces caprichoso de un genio de la talla de Octavio Paz –quien solía mirar con cierta desconfianza a los cubanos que no nos nombráramos Guillermo Cabrera Infante, otro genio caprichoso, por cierto. Allá en La Habana, creo, no hubiera escrito lo que acabé editando por una sencillísima razón: necesitaba un espacio de libertad para saber lo que se siente cuando un pájaro o un prisionero escapa de una jaula. La libertad es un aire que se respira. Un aire que se traga, después de los ahogos –como el llanto de un recién nacido al abandonar el vientre materno.

En las tres ocasiones que he leído Informe..., he llegado a la conclusión de que el concepto exilio es semejante al concepto amistad. ¿Es Informe... un lamento por el sentimiento de despojo o de ausencia total de aquello que construiste con tus amigos?

Es un canto a la amistad, aunque a algunos les parezca una odiosa confesión, dicha a deshora. No me leyeron bien: tal vez, no supe expresar lo que sentía o padecía. Papá, mi mejor amigo, acababa de morir en una calle de la colonia Del Valle llamada Amores, y un extraño sentimiento de roña estrangulaba mi corazón. La amistad es, prácticamente, el único tema de mi literatura. Él me había enseñado que no es por casualidad que nacemos en un sitio y no en otro «sino para dar testimonio». Eso hice. Sólo tuve que pensar en los rostros lejanos, que tanto quería y quiero. La soledad es una casa vacía. También el exilio. Entiendo, lo

sabes, la amistad como una religión. Mis amigos son mis dioses. No quería que me despojara de esos años difíciles y tremendos, de mi inocencia, de mis recuerdos. Tenía derecho a estar equivocado, y asumí como deber ese derecho. Cito una canción. ¿La cantamos juntos? «Ódiame sin piedad, yo te lo pido; ódiame sin medida ni clemencia. Odio quiero más que indiferencia, porque el rencor hiere menos que el olvido». Necesité 300 páginas para decir lo mismo que declara esa cuarteta de infinito amor.

En tu obra hay una clara tendencia a hacer a un lado el protagonismo como autor, y permitir que la amistad reine como si fuese un personaje principal. ¿Planeas homenajear a tal o cual aventura personal de amistad, a tal o cual amigo?, ¿o simplemente es un tema protagónico que fluye y te toma por sorpresa al escribir?

La respuesta a esta pregunta, ya se asoma en el párrafo anterior. Mis amigos ausentes me acompañan, a sol y sombra. Los amigos cercanos me apapachan y consuelan. También me divierten, alegran la vida. Para ellos, por ellos, desde ellos escribo. Mi vida la entiendo como una suma y resta de experiencias ajenas. Ellos son responsables de las posibles virtudes de mis libros; míos, sólo sus defectos.

Lichi, te gusta ser instrumento del homenaje. En tus novelas siempre otorgas el debido espacio para el enaltecimiento de los poetas, principalmente los poetas cubanos. ¿Por qué esa necesidad?

No sé, de veras. Creo que, desde El Otro Lado, papá me dicta o me sugiere esos homenajes. Cuando una idea me ronda, y no puedo atraparla, leo poesía a raudales, en especial versos escritos en hondo castellano, muy especialmente la escrita en Cuba. La poesía me regala (nos regala) olores, sabores, palabras, ajena sabiduría. Para eso, pienso, los grandes poetas escribieron lo que escribieron en las soledades de sus atormentadas exis-

tencias, para que los robaran, los saquearan, los rezaran a escondidas los pobres diablos que, como yo, jamás entendemos nada, ni el estallido de una flor ni el aroma a arroz con leche de los atardeceres insulares. La poesía es mi constitución privada, ley rectora de mi paso por este mundo: ella me obliga a cumplir sus mandamientos, con fe, esperanza y caridad. Adoro a los poetas. Los novelistas somos escritores de segunda.

Cuando recuerdo La eternidad por fin comienza un lunes, la imagino como un conjunto de perfectos versos poéticos. De alguna manera ¿te estabas despidiendo de tu creación meramente poética?

En efecto, ni lo dudes. La poesía, en mí, se acabó cuando se acabó el amor de juventud –que siempre resulta irrepetible, envidioso, presumido. Fue mi despedida del poeta que nunca fui, a fin de cuentas. Un poeta es su mirada: una mirada de águila que vuela alto y todo lo ve desde su cielo. Por aquel entonces, la mía era transparente, demasiado ingenua para ser de águila. La eternidad... es una última y desesperada carta de amor a mi Esther. No sé si ella la habrá leído. Ojalá que no. Mejor así. Nunca más he vuelto a ser un inocente. Y ya no quiero, aunque pueda. ♀